

GEORGES BERNANOS

Los grandes cementerios
bajo la luna

Traducción del francés
de JUAN VIVANCO

Si sintiera inclinación por la tarea que emprendo hoy, probablemente me faltaría valor para seguir, porque no creería en ella. Solo creo en lo que me cuesta. Si algo aceptable hice en esta vida, al principio me pareció inútil, inútil hasta la ridiculez, inútil hasta la aversión. El demonio de mi corazón se llama «¿para qué?».

Antes creía en el desprecio. Es un sentimiento muy escolar que pronto se transforma en elocuencia, como la sangre de un hidrópico se transforma en agua. La lectura prematura de Barrès me había proporcionado ilusiones al respecto. Lamentablemente, parecía que el desprecio de Barrès —o al menos el órgano que lo segrega— sufría una retención perpetua. Para llegar a la amargura, un despreciador debe empujar muy hondo la sonda. Así el lector, sin saberlo, no participa tanto del sentimiento mismo como del dolor de la micción. ¡Paz al Barrès de *Leurs figures*! El que nos gusta entró en la muerte con una mirada de niño altivo y con su pobre sonrisa crispada de jovencita pobre y noble que nunca encontrará marido.

¿Por qué el nombre de Barrès al comienzo de este libro? ¿Por qué en la primera página del *Sol de Satán* el del gentil Toulet? Porque en este momento, como en aquella otra tarde de septiembre «llena de luz inmóvil», vacilo en dar el primer paso, el primer paso hacia vosotros, ¡oh, rostros ocultos! Porque cuando haya dado el primer paso, sé que ya no me detendré, que iré, a trancas y barrancas, hasta el final de mi tarea, a través de días y días tan parecidos entre sí que ya no los cuento, que están como apartados de mi vida. Y realmente lo están.

No soy un escritor. Me angustio al ver una hoja de papel en blanco. El recogimiento físico que requiere este trabajo me resulta tan odioso que hago lo posible por evitarlo. Escribo en los cafés, a riesgo de que me confundan con un borracho, y acaso lo sería si las poderosas repúblicas no gravaran con impuestos, implacablemente, los alcoholes consoladores. En su lugar, me paso la vida bebiendo cafés con leche dulzones, con mosca dentro. Escribo en las mesas de los cafés porque no podría pasar mucho tiempo alejado de la cara y la voz humana de las que creo haber intentado hablar noblemente. Allá los suspicaces si, en su idioma, dicen que «observo». No observo nada. La observación no lleva muy lejos. Bourget se pasó la vida observando a la gente de mundo y ni siquiera se mantuvo fiel a la primera imagen que se había formado de ella ese maestrillo con fama de chic inglés. Sus duques sentenciosos parecen notarios y, cuando quiere que parezcan naturales, le salen tontos de remate.

Escribo en las salas de los cafés lo mismo que antes en los vagones de tren, para no engañarme con criaturas imaginarias, para hallar, con un vistazo al desconocido que pasa, la justa medida de la alegría o el dolor. No, no soy escritor. Si lo fuera, no habría esperado a tener cuarenta años para publicar mi primer libro, porque quizá estaréis conmigo en que a los veinte años habría podido, como cualquier otro, escribir las novelas de Pierre Frondaie. Tampoco rechazo el nombre de escritor por una suerte de esnobismo al revés. Siento un gran respeto por el oficio al que mi mujer y mis hijos deben, gracias a Dios, el no morir de hambre. Y hasta sufro humildemente el ridículo de no haber sino emborronado con tinta esa cara de la injusticia cuyo ultraje incesante es la sal de mi vida. Toda vocación es una llamada —*vocatus*— y toda llamada debe transmitirse. Aquellos a quienes va dirigida mi llamada no son muchos, evidentemente. No van a cambiar los asuntos mundiales. Pero es para ellos, para ellos para quienes he nacido.

COMPAÑEROS DESCONOCIDOS, viejos hermanos, juntos llegaremos, algún día, a las puertas del reino de Dios. Tropa exhausta, tropa extenuada, blanca por el polvo de nuestros caminos, queridos rostros duros a los que no he sabido enjugar el sudor, miradas que han visto el bien y el mal, que han hecho lo que debían, que han asumido la vida y la muerte, ¡oh miradas que nunca se han rendido! Así os volveré a encontrar, viejos hermanos. Tal como os soñó mi infancia. Porque había salido a buscaros, corría hacia vosotros. Tras el primer recodo, habría visto el resplandor de las hogueras de vuestros campamentos. Mi infancia solo os pertenecía a vosotros. Tal vez, un buen día, un día que yo sé, seré digno de ponerme al frente de vuestra tropa inflexible. ¡Quiera Dios que nunca vuelva a ver los caminos donde os perdí el rastro, cuando la adolescencia extiende sus sombras, cuando el jugo de la muerte se mezcla en las venas con la sangre del corazón! Caminos de la comarca de Artois, al final del otoño, leonados y olorosos como animales, senderos que se pudren bajo la lluvia de noviembre, grandes galopadas de nubes, rumores del cielo, aguas estancadas... Yo llegaba, empujaba la verja, arrimaba al fuego mis botas enrojecidas por el aguacero. El alba llegaba mucho antes de que hubieran entrado en el silencio del alma, en sus profundas guaridas, los personajes fabulosos apenas formados, embriones sin miembros, Mouchette y Donissan, Cénabre, Chantal, y usted, la única de mis criaturas cuyo rostro creí distinguir a veces, sin atreverme a ponerle nombre —cura entrañable de un Ambricourt imaginario—. ¿Erais entonces mis maestros? ¿Lo seguís siendo ahora? Bien sé cuán vana es esta vuelta al pasado. Mi vida, desde luego, ya está llena de muertos. Pero el más muerto de los muertos es el niño que fui. Sin embargo, llegado el momento, será él quien ocupará su lugar al frente de mi vida, reunirá mis pobres años hasta el último y, como un jefe joven a sus veteranos, tras agrupar a la tropa dispersa, será el primero que entre en la Casa del Padre. Al fin y al cabo tendré derecho a hablar en su nombre. Pero no hablamos en nombre de la

infancia, porque tendríamos que hablar su idioma. Es ese idioma olvidado, ese idioma que voy buscando de libro en libro, ¡imbécil de mí!, como si ese idioma pudiera escribirse, se hubiera escrito alguna vez. Da igual. A veces recupero alguno de sus acentos... y es eso lo que os hace prestar oídos, compañeros desperdigados por el mundo, que por azar o hastío habéis abierto un día mis libros. ¡Idea singular la de escribir para quienes desdeñan la escritura! Amarga ironía la de tratar de persuadir y convencer cuando mi certeza profunda es que la parte del mundo aún redimible solo pertenece a los niños, los héroes y los mártires.

Palma de Mallorca, enero de 1937

Primera parte

I

«¡HE JURADO EMOCIONAROS, YA sintáis amistad o ira, da lo mismo!». Así hablaba yo antes, en la época de *La Grande Peur*, hace siete largos años. Ahora no me preocupo demasiado de emocionarse, al menos provocando ira. La ira de los imbéciles siempre me dio tristeza, pero hoy más bien me espantaría. En todo el mundo retumba esa ira. ¿Qué cabía esperar? Lo único que pedían era no entender nada e incluso se juntaban varios para ello, porque el hombre es incapaz de ser necio o malvado él solo, condición misteriosa reservada seguramente al proscrito. Al no entender nada se juntaban, no con arreglo a sus afinidades particulares, demasiado débiles, sino según la modesta función que debían al nacimiento o al azar y ocupaba por entero su pequeña vida. Porque las clases medias son casi las únicas que proporcionan al verdadero imbecil. La superior se arroga el monopolio de una clase de idiotez perfectamente inutilizable, una idiotez de lujo, y la inferior no pasa de unos toscos y a veces admirables esbozos de animalidad.

Fue una insensata temeridad desarraigar a los imbéciles, verdad vislumbrada por Maurice Barrès. Una colonia de imbéciles, fuertemente aferrada a su terruño natal como un banco de mejillones a la roca, puede resultar inofensiva, e incluso brindar al Estado y a la industria un material valioso. El imbecil, de entrada, es un ser de costumbres e ideas preconcebidas. Si se le saca de su ambiente, guarda entre sus dos valvas fuertemente apretadas el agua del charco que lo ha alimentado. Pero la vida moderna, no contenta con transportar de un lado a otro a los imbéciles, los mezcla con una suerte de furor. La máquina gigantesca, al máximo de revoluciones, los traga por miles y los disemina por el mundo, a merced de sus enormes capri-

chos. Ninguna sociedad distinta de la nuestra ha hecho un consumo tan prodigioso de estos desdichados. Lo mismo que Napoleón a los *Marie-Louise** del campo francés, los devora cuando su concha aún está blanda y ni siquiera los deja madurar. Sabe perfectamente que con la edad y el grado de experiencia que es capaz de alcanzar, el imbécil se forja una sabiduría imbécil que lo volvería coriáceo.

Lamento expresarme tan naturalmente con imágenes. Desearía con toda mi alma hacer estas reflexiones tan sencillas en un idioma sencillo, como ellas. Pero entonces no se comprenderían. Para empezar a vislumbrar una verdad cuya evidencia se nos presenta a diario, es preciso hacer un esfuerzo del que pocos hombres son capaces. Confesad, por lo tanto, que la sencillez os repugna, que os da vergüenza. Lo que llamáis con ese nombre es justamente lo contrario. Sois fáciles, y no sencillos. Las conciencias fáciles son también las más complicadas. ¿Por qué no iba a ser igual con las inteligencias? A lo largo de los siglos, los maestros, los maestros de nuestra especie, nuestros maestros han abierto las grandes avenidas de la mente que van de certeza en certeza, los caminos reales. ¿Qué os importan a vosotros los caminos reales si vuestro pensamiento es oblicuo? A veces el azar os lleva a alguno de ellos y no lo reconocéis. Por eso nuestro corazón se encogía de angustia cuando una noche, al salir del laberinto de las trincheras, sentíamos de repente, bajo nuestras suelas, el suelo aún firme de uno de los caminos de antaño, apenas visible bajo la capa de hierbas, el camino lleno de silencio, el camino muerto por el que un día resonaron los pasos de los hombres.

La verdad es que la ira de los imbéciles llena el mundo. Reíd si queréis: de ella no se librárá nada ni nadie, es incapaz de perdonar.

* Reclutas de los reemplazos de 1814 y 1815, llamados a filas por decreto de la regente María Luisa de Austria para las campañas de Napoleón (N. del t.).

Evidentemente, los doctrinarios de derechas e izquierdas, como es su oficio, seguirán clasificando a los imbéciles, denominarán sus especies y géneros, definirán cada grupo según las pasiones y los intereses de los individuos que los componen, su ideología particular. Para ellos no es más que un juego. Pero estas clasificaciones responden tan poco a la realidad que el uso reduce implacablemente su número. Es evidente que la proliferación de partidos halaga ante todo la vanidad de los imbéciles. Les da la impresión de que escogen. Cualquier dependiente os dirá que el público atraído por la exposición del género de temporada, una vez saciado de mercancías y después de haber puesto a prueba los nervios del personal, pasa por la misma caja. Hemos visto nacer y morir gran cantidad de partidos, porque son casi el único medio de que dispone cada periódico de opinión para retener a su clientela. No obstante, este método de desmenuzamiento choca con la desconfianza natural de los imbéciles, y el rebaño inquieto se recompone continuamente. Cuando las circunstancias, y en especial las necesidades electorales, aconsejan un sistema de alianzas, esos desdichados olvidan de inmediato las distinciones que, por otro lado, habían hecho solo a duras penas. Ellos mismos se reparten en dos grupos, y así la difícil operación mental que se les plantea queda reducida al mínimo, pues ya solo tienen que pensar contra el adversario, lo cual les permite utilizar su programa marcado simplemente con el signo negativo. Por eso los hemos visto aceptar a regañadientes unas designaciones tan complicadas como, por ejemplo, monárquicos o republicanos. Clerical o anticlerical gusta más, porque las dos palabras solo significan «a favor» o «en contra» de los curas. Conviene añadir que el prefijo «anti» no pertenece a nadie en particular, porque si el hombre de izquierdas es anticlerical, el hombre de derechas es antimason o antidreyfusista.

A los empresarios de prensa que manosearon estos eslóganes hasta la saciedad seguramente les gustaría oírme decir que no distingo entre ideologías, que todas me desagradan por igual. Pues no: sé mejor que nadie lo que un chico de veinte años puede dar de sí, de la

sustancia de su alma a esas toscas creaciones del espíritu partidista que guardan tanto parecido con una opinión auténtica como ciertas bolsas marinas con un animal —una ventosa para chupar y otra para evacuar, la boca y el ano que incluso, en algunos pólipos, forman una sola—. Pero ¡a quién no entrega su alma la juventud! A veces la arroja a manos llenas, en los burdeles. Como esas moscas tornasoladas con reflejos azules y dorados, pintadas con más esmero que las estampas de misal, los primeros amores rondan los cadáveres.

¿Qué cabía esperar? Ni siquiera creo en la relativa ventaja de las coaliciones de ignorancia y de ideas preconcebidas. La condición indispensable para pasar realmente a la acción es conocerse a sí mismo, saber de qué se es capaz. Ahora bien, estas personas se juntan únicamente para sumar los pocos motivos que tienen para sentirse superiores a las demás. ¿Qué más da, entonces, la causa que pretenden defender? Solo Dios sabe, por ejemplo, lo que le cuesta al resto del mundo el exiguo ganado santurrón mantenido con gran esfuerzo por una literatura especial, difundida en miles de ejemplares por toda la superficie de la tierra y que se diría hecha para desanimar a los descreídos de buena voluntad. No les deseo ningún mal a los santurrones, solo querría que no me machacarais los oídos con su presunta ingenuidad. Preguntad al primer cura que os encontréis y, si el hombre es sincero, os dirá que nadie está tan alejado como ellos del espíritu de la infancia, de su clarividencia sobrenatural, de su generosidad. Son intrigantes de la devoción, y los gordos canónigos literarios que atiborran a estas larvas con la miel que liban en los ramilletes espirituales tampoco son unos ingenuos.

La ira de los imbéciles llena el mundo. Es fácil de entender que La Providencia, que los hizo sedentarios, tenía buenas razones para ello. Ahora vuestros trenes rápidos, vuestros automóviles y vuestros aviones los transportan con la rapidez del rayo. Cada pequeña población de Francia tenía sus dos o tres clanes de imbéciles, perfectamente descritos con los famosos «Arroz y Ciruelas» de *Tartarín en los Alpes*. Vuestro profundo error es creer que la tontería es inofensi-

va, o por lo menos que hay formas inofensivas de tontería. La tontería no tiene más fuerza viva que una carronada de 36, pero cuando se pone en movimiento arrambla con todo. ¿Cómo es posible, si ninguno de vosotros ignora de lo que es capaz el odio paciente y vigilante de los mediocres, que disperséis su semilla a los cuatro vientos? Porque si las máquinas os permiten intercambiar a vuestros imbéciles no solo de ciudad en ciudad y de provincia en provincia, sino de nación en nación o incluso de continente en continente, las democracias toman de esos desdichados la materia de sus supuestas opiniones públicas. De modo que gracias a los desvelos de una prensa inmensa, que machaca continuamente con unos cuantos asuntos simplones, la rivalidad de los «Ciruelas y Arroz» toma un cariz universal que Alphonse Daudet, sin duda, no había imaginado.

Pero ¿quién lee hoy en día *Tartarín en los Alpes*? Más valdrá recordar que el gentil poeta provenzal, que tantas veces elevó a un rango superior, por encima de sí mismo, la consumación del dolor y el genio de la simpatía, reúne en un albergue de montaña a una docena de imbéciles. El glaciar está ahí al lado, suspendido en el azul inmenso. Nadie se acuerda de él. Tras varios días de falsa cordialidad, recelos y hastío, los pobres diablos encuentran un modo de dar rienda suelta a la vez a su instinto gregario y al sordo rencor que los corroe. El partido de los Estreñidos exige ciruelas pasas de postre. El de los Suelos, como es lógico, pide arroz. A partir de entonces desaparecen las disputas personales y cunde la concordia entre los miembros de cada facción rival. No es difícil imaginar, entre bastidores, a un aficionado ingenioso y perverso, seguramente vendedor de arroz o de ciruelas pasas, sugiriendo a esos miserables una mística adecuada al estado de sus intestinos. Pero tal personaje sobra. La tontería no inventa nada; para sus fines, sus fines de tontería, se sirve admirablemente de todo lo que le brinda el azar. Y por un fenómeno, ay, mucho más misterioso, la veréis situarse por sí misma a la medida de los hombres, las circunstancias o las doctrinas que provocan su monstruosa capacidad de entontecimiento. Napoleón,

cuando estaba en Santa Helena, presumía de haberse aprovechado de los imbéciles. Al final fueron los imbéciles quienes se aprovecharon de Napoleón. No solo, como cabría pensar, porque se volvieron bonapartistas. También porque la religión del Gran Hombre, adaptada poco a poco al gusto de las democracias, produjo ese patriotismo bobalicón que todavía tiene tanto poder sobre sus glándulas, un patriotismo que nunca conocieron sus antepasados y cuya cordial insolencia, con su trasfondo de odio, duda y envidia, se expresa —si bien con desigual fortuna— en las canciones de Déroulède y en los poemas guerreros de Paul Claudel.

¿Os aburre que hable tanto de los imbéciles? Más me cuesta a mí hacerlo. Pero es que quiero convenceros de algo: a hierro y fuego nunca acabaréis con los imbéciles. Porque, repito, ellos no inventaron el hierro ni el fuego ni los gases, pero utilizan a la perfección todo lo que les evita el único esfuerzo del que son realmente incapaces, el de pensar por sí mismos. ¡Prefieren matar a tener que pensar, eso es lo malo! Y vosotros les proporcionáis mecánicas. La mecánica está hecha para ellos. Mientras llega la máquina de pensar que están esperando, que exigen, que está al caer, se conformarán gustosamente con la máquina de matar, incluso les va como un guante. Hemos industrializado la guerra para ponerla a su alcance. A su alcance está, en efecto.

Si no es así, ¿cómo me explicáis por qué arte de magia se ha vuelto tan fácil convertir a un tendero, un pasante de agente de bolsa, un abogado o un cura en un soldado? Lo mismo aquí que en Alemania, en Inglaterra o en Japón. Es muy sencillo: extendéis el delantal y cae un héroe dentro. No blasfemaré contra los muertos. Pero el mundo conoció un tiempo en que la vocación militar era la más respetada después de la del sacerdote, y apenas le iba a la zaga en dignidad. Vuestra civilización capitalista no se distingue precisamente por alentar el sacrificio, da prioridad absoluta a lo económico; y no deja de ser extraño que, en estas condiciones, disponga de tantos hombres de guerra como uniformes pueden proveer sus fábricas...

Hombres de guerra como seguramente no se han visto nunca. Los tomáis de la oficina, del taller, sin que rechisten. Les dais un billete al infierno con el sello de la oficina de reclutamiento y unas botas nuevas que suelen calar. El último estímulo, el supremo saludo de la patria, consiste en una mirada huraña del brigada reenganchado del almacén de vestuario, que les llama tarados. A continuación se apresuran hacia la estación un poco achispados, pero cuidando de no perder el tren al infierno, lo mismo que si fueran a comer en familia, un domingo, a Bois-Colombes o a Viroflay. Solo que esta vez bajarán en la estación Infierno. Un año, dos años, cuatro años, el tiempo que haga falta, hasta el vencimiento del billete circular que les ha dado el Gobierno, recorren el país bajo una lluvia de fundición de acero, procurando no comer sin permiso el chocolate de los víveres de reserva, o atentos a un descuido de su compañero para birlarle el paquete de vendas que les falta. El día del ataque, con una bala en la barriga, corretean como pollos de perdiz hasta el puesto de socorro, se acuestan sudorosos en la camilla y se despiertan en el hospital, de donde salen poco después tan dócilmente como entraron, con una palmada cariñosa del médico militar, un buen tipo... Luego regresan al infierno, en un vagón sin cristales, rumiando de estación en estación el vino agrio y el queso o deletreando a la luz del quinqué la hoja de ruta llena de signos misteriosos, no muy seguros de estar en regla. El día de la Victoria... ¡caray, el día de la victoria esperan volver a su casa!

En realidad no vuelven, por el famoso motivo de que «el Armisticio no es la Paz» y hay que darles tiempo para que se den cuenta. El plazo de un año ha parecido conveniente. Habrían bastado ocho días. Habrían bastado ocho días para demostrarles a los soldados de la Gran Guerra que una victoria es una cosa que se mira de lejos, como la hija del coronel o la tumba del Emperador, en los Inválidos; que un vencedor, si quiere vivir tranquilo, solo tiene que entregar sus galones de vencedor. De modo que volvieron a la fábrica, a la oficina, tan dóciles como salieron. Algunos inclu-

so tuvieron la suerte de encontrarse en el pantalón de antes de la guerra una docena de bonos de su figón, el figón de antes, a veinte céntimos la comida. Pero el nuevo figonero no quiso saber nada.

ME DIRÉIS que esas personas eran santos. No, os lo aseguro, no eran santos. Eran resignados. En todos los hombres hay una enorme capacidad de resignación, el hombre es resignado por naturaleza. Por eso dura. Porque, bien pensado, de otro modo el animal lógico no habría soportado ser el juguete de las cosas. Hace milenios que el último de ellos se habría roto la cabeza contra los muros de su cueva, maldiciendo su suerte. Los santos no se resignan, por lo menos tal como lo entiende el mundo. Si sufren en silencio las injusticias que soliviantan a los mediocres, es para dirigir con más ímpetu contra la Injusticia, contra su rostro de bronce, todas las fuerzas de su alma grande. Las iras, hijas de la desesperación, se arrastran y retuercen como gusanos. La oración, al cabo, es la única rebelión que se mantiene firme.

El hombre es resignado por naturaleza. El hombre moderno más que los otros, debido a la soledad extrema en que le deja una sociedad que apenas conoce entre los seres relaciones que no sean de dinero. Pero estaríamos muy equivocados si creyéramos que esta resignación lo convierte en un animal inofensivo. La resignación concentra en él unos venenos que lo mantienen listo, llegado el momento, para toda suerte de violencias. El pueblo de las democracias no es más que una muchedumbre, una muchedumbre a la que mantienen perpetuamente en vilo el orador invisible, las voces que llegan de todos los rincones de la tierra, voces que muerden sus entrañas y atacan sus nervios porque hablan el idioma mismo de sus deseos, sus odios, sus terrores. Verdad es que las democracias parlamentarias, más excitadas, carecen de temperamento. Las

dictatoriales tienen fuego en las entrañas. Las democracias imperiales son democracias en celo.

LA IRA de los imbéciles llena el mundo. En su ira, la idea de rendición los atormenta, porque está en el fondo de toda esperanza humana. Es el mismo instinto que arrojó a Europa contra Asia en el tiempo de las Cruzadas. Pero entonces Europa era cristiana, los imbéciles pertenecían a la cristiandad. Ahora bien, un cristiano puede ser cualquier cosa, un bruto, un idiota o un loco, pero de ninguna manera puede ser un imbécil. Me refiero a los cristianos que han nacido tales, cristianos de Estado, cristianos de cristiandad. En una palabra, cristianos nacidos en plena tierra cristiana, y que se crían libres y consuman una tras otra, bajo el sol o el aguacero, todas las estaciones de su vida. ¡Dios me libre de compararlos con los zoquetes que los curas cultivan en tiestecitos, protegidos de las corrientes de aire!

Para un cristiano de cristiandad, el Evangelio no es solo una antología de la que se lee un trozo cada domingo en el misal y que puede cambiarse por *El jardín de las almas piadosas* del padre Prudent o las *Floreillas devotas* del canónigo Boudin. El Evangelio informa las leyes, las costumbres, las penas y hasta los placeres, porque en él se bendice la humilde esperanza del hombre y el fruto de su vientre. Podéis tomarlo a broma, si queréis. No conozco muchas cosas útiles, pero sé lo que es la esperanza en el Reino de Dios, ¡y no es poco, palabra de honor! ¿No me creéis? Peor para vosotros. Tal vez esta esperanza vuelva a estar con su pueblo. Tal vez la respiremos todos, un buen día, todos juntos, una mañana de los días, con la miel del alba. ¿No os interesa? Da lo mismo. Los que entonces no quieran recibirla en sus corazones por lo menos la reconocerán por esto: los hombres que hoy desvían la mirada a vuestro paso, o se burlan en cuanto les habéis dado la espalda,

Índice

Prólogo, 7

Primera parte, 11

Segunda parte, 113

Tercera parte, 197